

Pues bien; oidlo, y no temais comprenderlo: sí; la presencia del mal, la existencia, la permission del pecado en este suelo, es precisamente lo que debe llenaros de consuelo, de amor, de esperanza, y suscitar en vuestra mente los más augustos pensamientos.

Sí, señores, es cierto, ¡el mundo delira! En la frente de este espacioso teatro que se llama la tierra, veo escritas con caracteres indelebles las amenazas y las venganzas divinas. Yo me estremezco todavía al oír en mis oídos la voz de los profetas de la antigua y de la nueva Ley, cuando hacen resonar sobre la cabeza de los pecadores el trueno vengador de la palabra divina, y digo: ¡Dios persigue el mal; él se vengará; él restablecerá su gloria ultrajada!...

Pero ¡oh santidad de Dios, cómo me tranquilizas! ¡Cuán grande y generosa me pareces en medio de tantos desórdenes, de tantos males, de los cuales haces tú salir tantos bienes! ¡Oh justicia divina, con qué magnífico esplendor brillas en el Calvario, en la cruz!... Esas torturas, esas ignominias, ese suplicio, esa muerte, me dicen más en honor de Dios, para celebrar su gloria, para satisfacer su nombre ultrajado, que el diluvio que cubrió la tierra, que la destrucción de la naturaleza entera, que el exterminio de tantos pecadores; porque en ese sacrificio del hombre-Dios, que encierra en sí mismo una grandeza y una dignidad divina é infinita, Dios se tributa á sí mismo y á su justicia ultrajada un inmenso, un manifiesto homenaje. Este sacrificio, la expiación de una víctima divina, la inmolación del hombre-Dios, ha restablecido el orden aquí abajo; él aparece en el seno de la creación como el sello reparador del amor divino. Este sacrificio revela la misericordia de Dios, la bondad de Dios á los ojos de los hombres, porque en el Calvario no hay sólo una expiación, no hay sólo dolor, no hay sólo el prolongado gemido que es el eco del crimen y del mal expiados; hay, además, vosotros lo sabeis y lo habeis sentido un día, en que brotando una lágrima de vuestro corazón, encontró en una hora bendita el camino de vuestra pupila, y vino á lavar el recuerdo de muchas iniquidades; hay además la expresión de la misericordia y de la más afectuosa bondad. Esta redención gratuita del hombre ha vuelto á abrir las vías del cielo á la humanidad; desde aquel momento los cielos y la tierra están reconciliados, y los ángeles habitan este suelo. De la sublime historia del Evangelio, del sacrificio voluntario de Dios, que se dá por la humanidad, que se entrega él mismo, sale esta expresión revelada: «¡Dios ha amado el mundo hasta el punto de darle su Hijo único!» Así en la ley nueva, en la ley de gracia y de amor, ese torrente de sangre que corrió en el Calvario, fué vertido por el miserable infiel. Para él ha sido reser-

vado todo el amor; él es preferido al que permaneció fiel, como el niño, como la oveja, como el tesoro perdidos y encontrados son preferidos á los que se han poseído siempre.

Así, señores, no os admireis de que en presencia del mal moral que produjo la redención, la Iglesia exclame: *Felix culpa!* «¡Dichosa falta!» ¡Oh, sí, dichosa falta, dichoso pecado, dichoso crimen de los hombres, que han merecido tan grande Redentor!... *Felix culpa qui meruit tantum redemptorem!*

MILAGROS Ó PROFECÍAS,

Ó SEA:

VALOR CRÍTICO

DE LOS MILAGROS Y DE LAS PROFECÍAS.

I.

Opera quæ ego facio testimonium perhibent de me. . . Scrutamini Scripturas... illæ sunt, quæ testimonium perhibent de me.

Las obras que yo hago, dan testimonio en mi favor... Registrad las Escrituras, ellas son las que están dando testimonio de mí.

(JOANN. V, 36-39.)

Si alguno llega á comparar los libros del Evangelio y los escritos de los apóstoles con las obras de los autores eclesiásticos, le será fácil advertir una diferencia muy notable en la manera de establecer y demostrar el origen sobrenatural y divino del cristianismo. En los Evangelios y en las Epístolas de los apóstoles todas las pruebas se reducen á dos puntos: á los milagros, invocados como la vía de Dios mismo, argumento invencible para persuadir á los hombres que deben reconocerle por el autor soberano del Cristianismo, y á las predicciones, á las profecías, prueba de una fuerza irrefragable para demostrar que es preciso, de toda necesidad, mirar como celestial una doctrina anun-

ciada por una infinita variedad de figuras durante el curso de tantos siglos y predicha por tan gran conjunto de testimonios.

El fundador del Cristianismo, Jesús, recurrió constantemente á los milagros que obraba y á las profecías que anunciaban su doctrina; se apoyó constantemente en los milagros y profecías, ya para exigir la fe, ya para reprender ó condenar á todos los que se negaban á creer en él.

Los apóstoles y los primeros predicadores del Evangelio siguieron fielmente esta senda trazada por Jesús. De los milagros y las profecías sacaron los medios de que se valieron para confundir á los judíos, convencer á los gentiles y reducir todo el género humano á abrazar la doctrina de Jesucristo, á reverenciarla, y á aceptarla como la regla necesaria de su fe y de sus acciones.

Pero, los monumentos eclesiásticos, las cartas de Clemente, de Ignacio y de Policarpo; los libros de Hermas; las apologías de Justino, de Taciano, de Atenágoras, de Teofilo; los escritos célebres de Clemente de Alejandría, de Orígenes, de Tertuliano, de Arnobio, de Lactancio, de Eusebio y de Atanasio, nos descubren un rico depósito de pruebas nuevas, de inducciones y de argumentos.

Es cierto que los autores eclesiásticos emplean también á su vez las pruebas sacadas de los milagros y de las profecías, defendiéndolas y desenvolviéndolas de la manera más conveniente; pero también es verdad que añaden otras muchas que buscaríais en vano en los Evangelios y en los escritos de los apóstoles.

En efecto, no ha sucedido jamás que Jesús y sus discípulos, para demostrar la divinidad del Cristianismo, hayan tratado de hacer ver su conformidad y armonía con las luces de la razón, con los principios de la moral y del derecho, y con algunos dogmas legítimos de la filosofía. Tampoco les ha sucedido jamás para establecer su celestial origen, emplear como argumentos los arroyos de sangre vertidos para sostenerlo, las persecuciones sufridas por no abandonarlo, ó la extensión y rapidez de sus conquistas, ó la transformación del género humano y de la sociedad humana. Pues bien, estos argumentos y estas pruebas, que omitieron Jesús y los apóstoles, son los que emplean con más frecuencia los escritores eclesiásticos. A ellos recurren, con ellos combaten y por su medio triunfan.

No hay ninguno de ellos que para persuadir á los judíos, para convencer á los gentiles no haya formado este raciocinio; no se puede mirar como humana y sí tener por divina una obra que lleva todas las señales de la omnipotencia y de la intervención del cielo; porque, es una señal de la omnipotencia y de la intervención del cielo el he-

roismo de tantos atletas, que, derramando su sangre y sacrificando su vida durante tres siglos en todas partes del mundo, han sostenido la divinidad del Cristianismo.

Es una señal de la omnipotencia y de la intervención del cielo, que una semilla tan débil, como era al principio el Cristianismo, se haya desarrollado de una manera tan rápida y extensa que al cabo de corto tiempo se hubiese hallado en estado de cubrir toda la superficie del globo.

Es una señal de la omnipotencia y de la intervención del cielo, que toda esta debilidad humana, que se nos presenta en un Crucificado y en un puñado de judíos, haya triunfado de todo el poder humano, haya triunfado de las hachas de Roma, de las hogueras de la Persia, de los artificios de la filosofía, de los sarcasmos de la sátira y de las cóleras de la superstición.

Es una señal de la omnipotencia y de la intervención del cielo, que el mundo civil, moral y religioso sea, ya no solamente diferente de lo que ántes era, sino que haya efectuado en él una transformación completa y profunda.

Ahora bien; ¿cuál puede ser la verdadera razón de esta diferencia de las pruebas empleadas de una parte por Jesucristo y los apóstoles, y de otra por los maestros y los doctores eclesiásticos? Esta razón la hallareis en la diferencia de los tiempos, como es fácil hacerlo ver por una comparación bien clara. Suponed que se trate de la naturaleza y de las propiedades de una planta débil todavía, y que hasta aquí no se haya dado á conocer ni por sus flores ni por sus frutos; ¿en dónde se deberán buscar los elementos del juicio que formareis de ella? No los hallareis sino en la semilla que ya habeis conocido y estudiado. Sus flores y sus frutos solo podrán ayudaros más adelante, cuando, después de haber trascurrido meses y años, la débil planta se haya hecho robusta y haya adquirido con la fuerza su fecundidad.

Lo mismo diremos precisamente de las pruebas del Cristianismo. En su infancia, no podía éste demostrar su divinidad sino con los milagros y las profecías; pero en las edades siguientes, en la juventud y en la edad madura, se ven además concurrir á esta demostración, como otras tantas flores y frutos, todas esas señales de que se han servido con tanta justicia y habilidad los apologistas cristianos.

Resulta claramente de aquí, que si los milagros y las profecías no son las únicas pruebas del origen sobrenatural y celeste del Cristianismo, son, á lo ménos, las únicas universales y constantes. De ellas voy á hablaros en el presente discurso, en cuanto sea necesario á mi propósito. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M!

1. Hé aquí un consejo lleno de prudencia que nos dan los filósofos y los jurisconsultos: cuando se trata de pruebas, dos puntos reclaman una atención muy especial. Desde luego y ántes de todo; ¿lo que se alega merece ser tenido por prueba? Despues, ¿se alega con verdad? ¿No es más bien una suposición sagaz ó una culpable ficción? Si uno de estos dos puntos, llega á faltar, la prueba no es más que aparente, es falaz, se reduce á un grosero y vergonzoso sofisma. Ella se reduce á un vergonzoso sofisma, si lo que se alega no tiene el valor y carácter propios de una prueba; y así sería un sofisma y no una prueba aducir en una cuestión de hecho posibilidades metafísicas, é invocar en una cuestión de geometría experiencias de física. Y no dejaría de ser un vergonzoso sofisma, si las alegaciones no son leales y sinceras sinó fingidas y supuestas; así sería un sofisma y no una prueba acudir en una cuestión de botánica á observaciones que jamás han sido hechas, y en una cuestión de química á experiencias que nunca han tenido lugar.

Para aplicar todo esto á nuestro asunto, al Cristianismo, á los milagros y á las profecías alegados como pruebas incontestables de su origen sobrenatural y celeste, dos cosas deben investigarse y resolverse con el mayor cuidado; si los milagros y las profecías tienen verdaderamente el valor y el carácter de pruebas; si con razón se alegan los milagros y las profecías en favor del Cristianismo y en apoyo de su divinidad. La primera de estas dos cuestiones es una cuestión de ontología y de derecho; la segunda de crítica histórica y de hecho. ¿En qué sentido deben decidirse? Empiezo por la primera.

El carácter íntimo de toda prueba consiste en el lazo que la une á lo que se quiere demostrar. Las pruebas pertenecen á la clase de los signos, y deben en consecuencia estar en relación con las cosas significadas por ellas; las pruebas son sendas y trazas que conducen al objeto propuesto á los que las siguen fielmente; es preciso, pues, que ellas partan de este objeto como de su centro, y que se unan á él como á su término.

Mas ¿con qué fin se alegan los milagros y las profecías? ¿Qué se quiere demostrar con aquéllos y éstas? Se quiere probar que el Cristianismo no viene del hombre sinó de Dios; que no es de la tierra sinó del cielo. Los milagros y las profecías tendrán, pues, el carácter necesario á la vez y suficiente de toda prueba, si ellos se separan y se desprenden de todo lo que es humano y terrestre para unirse y ligarse á lo que es celestial y divino; si los milagros y las profecías son la voz de Dios y no la voz del hombre, la voz del cielo y no la voz de la tierra. Pues, en efecto, si es así, rendirse á los milagros será

someterse á Dios que habla; venerar las profecías, será hacer un acto de obediencia al cielo. Todo pues, se reduce á saber, si los milagros son la voz de Dios, y si las profecías son el lenguaje del cielo.

Pero si ese es el solo punto que hay que establecer, nosotros tenemos ganada la causa, y es imposible negar á los milagros y á las profecías la naturaleza y el carácter de pruebas capaces de demostrar con evidencia la divinidad del Cristianismo.

Yo apelo al consentimiento del género humano, á ese consentimiento universal en todos los tiempos y en todos los lugares; apelo á la naturaleza de las cosas, á las luces de la razón y á lo que enseña la filosofía: ¿qué ha pensado en todas épocas el género humano de los milagros y de las profecías? Se puede dividir el género humano en dos grandes épocas: ántes de Jesucristo, y despues de Jesucristo, y para la primera época comprenderle enteramente en la grande división de gentiles y judíos; para la segunda reducirlo á cuatro clases tan diferentes entre sí de gentiles, judíos, cristianos y musulmanes. Pues bien; en esas dos épocas y en todas esas clases de gentiles, de judíos, de cristianos y de musulmanes, jamás ha habido más que un sólo pensamiento, y una misma voz; los milagros y las profecías son del cielo y no de la tierra, la obra de Dios, señor soberano de la naturaleza, y no la obra del hombre, que no es sinó una parte de esa creación; de Dios, cuya sabiduría es infinita, y no del hombre, cuya vista es tan limitada aún en lo presente,

Ese acuerdo unánime de pensamiento y de lenguaje nos es ampliamente atestiguado por las historias latinas, griegas y bárbaras; por las inscripciones, por los ritos, por los poemas, por los proverbios, por innumerables monumentos de toda especie; de suerte, que ponerlos en duda sería tomar el partido del excepticismo y declararse por los pirrónicos.

Pero ¿cuál es la causa de semejante acuerdo en tan largo trascurso de siglos? ¿De dónde viene un consentimiento tan perfecto entre hombres no solamente de caracteres, de condiciones, de filosofías, de fe, de religiones diferentes, sinó tambien opuestos en todos esos puntos, rivales, y enemigos, siempre en lucha, siempre con las armas en la mano? No puede responderse nada que sea simplemente verosímil si no se confiesa que es claro, evidente á la razón humana; yo iba á añadir al instinto y al sentimiento de nuestra naturaleza, que los milagros y las profecías son las manifestaciones particulares de un Dios infinitamente sábio, y señor soberano de todo lo criado.

En efecto, ¿qué es un milagro considerado en sí mismo y en su esencia? Es un fenómeno, un hecho sensible que no tiene su causa y

su principio en las leyes universales, constantes y bien conocidas por las cuales se dirige la naturaleza, sino que se eleva sobre ellas y les es opuesto.

¿Qué es un milagro? Es un cuerpo que, á pesar de tener una pesantez específica superior, sobrenada por sí mismo; es una ceguera de nacimiento que desaparece á una señal; es un muerto enterrado durante cuatrò dias, empezando á corromperse y resucitado por una sola palabra; es un rio caudaloso que arrastrando sus aguas á la mar, apénas las toca el pié de un sacerdote, se detienen, retroceden, se reunen y se elevan como una montaña. ¿Qué nos dice sobre esto la razon? ¿qué nos descubre el raciocinio? ¿Qué nos dicta la filosofia? La razon, el raciocinio y la filosofia exigen que no se atribuyan estos hechos sino á aquel solo que dictó sus leyes á la naturaleza, que es su Señor, y que la dirige y gobierna á su arbitrio. Y así como en toda sociedad solo el legislador y el soberano puede dispensar del cumplimiento de las leyes, así tambien en este vasto conjunto del universo y del mundo, es imposible pensar que ningun otro tenga el poder de suspender sus leyes, sino el Altísimo que lo ha creado y cuya providencia vela en su conservacion. No se puede, pues, definir mejor el milagro sino diciendo: que es «la voz extraordinaria de Dios, que, como Señor soberano y rey de la naturaleza, habla al hombre, lo dirige y lo instruye.»

No es ménos claro ni ménos evidente, que la profecía no es el lenguaje de la tierra sino el lenguaje del cielo; porque, os pregunto, ¿qué entendemos nosotros, qué ha entendido en todas las épocas el género humano por estas palabras: prediccion, profecía? ¿Es acaso una expresion oscura ó equívoca? ¿Un presentimiento que está comprendido en el desarrollo necesario de las causas naturales? ¿ó bien, conjeturas probables sobre lo que serán en circunstancias dadas, los consejos, los proyectos, y los actos de un pueblo, de un reino, de una ciudad? No, no hay que pensar en nada de esto, cuando hablamos de predicciones, de profecías.

¿Cuál es, pues, la verdadera significacion de estas palabras? Ellas indican el conocimiento cierto, la revelacion clara y precisa de lo que entónces no existe y no está determinado en sus causas, ni en la serie de los efectos naturales, sino que depende enteramente de la libre eleccion que hará en lo futuro la voluntad del hombre.

Es verdadera profecía anunciar, que despues de setenta semanas de años, Jerusalem será destruida y la posteridad de Jacob cesará de ser un pueblo independiente y señor de sí mismo. Es verdadera profecía anunciar veintisiete siglos ántes, que al fin de éstos se levantará

un hijo de Abraham que llamará todas las naciones á la verdadera adoracion de un solo Dios, abandonando el culto profano de los ídolos. Es verdadera profecía, anunciar que el nombre de María-Magdalena, de una mujer judía nacida en un humilde pueblo, oscura y desconocida, sería celebrado en todas las lenguas y reverenciado en todos los pueblos.

Mas ¿qué se necesita para esto? Se necesita una inteligencia para la que no haya acontecimientos futuros, que todos sean presentes para ella. Es preciso, por consiguiente, que no tenga conocimientos sucesivos, sino que en el acto de adquirirlos, esté libre y exenta de las leyes y de las relaciones del tiempo. Pero una inteligencia de esta naturaleza reclama y exige una existencia y una operacion que no sean sucesivas, sino simultáneas; que no sea del tiempo, sino de la eternidad.

Luego, la prediccion, la profecía no puede ser sino el lenguaje del que está sobre el tiempo, y que posee por su naturaleza la eternidad de la existencia, la eternidad de la accion. Pero existir sobre el tiempo, poseer por su naturaleza la eternidad, es propio solamente de lo infinito, del sér sin límites, del Altísimo, de Dios. Luego, la prediccion, la profecía es el lenguaje del cielo que no corresponde sino á Dios; y, por consiguiente, es una prueba rigurosa, así como el milagro, de que el Cristianismo, si tiene en su favor los milagros y las profecías, no es obra de la tierra sino del cielo; no es obra del hombre sino de Dios.

2. No nos resta ya más que examinar el otro punto, y demostrar con razones claras y evidentes, que con razon se alegan los milagros y las profecías en favor del Cristianismo. Conseguiremos fácilmente este objeto observando que para eso no es menester más que una sola cosa: una reunion de hechos y de circunstancias que hagan enteramente increíbles el error y la mentira, y que hagan enteramente dignas de fe la ciencia y la veracidad.

Si se encuentra este conjunto de hechos y de circunstancias, si la ciencia y la veracidad obligan absolutamente á la creencia, si la ignorancia y la mentira son absolutamente imposibles; ni la prudencia, ni la razon, ni la filosofia pueden reclamar ni exigir más.

Pues bien; este conjunto de hechos y de circunstancias, léjos de faltarnos, se nos presenta con una superabundancia infinita. En efecto, dirijamos un momento nuestra atencion á los testigos primeramente, despues á los que han creído en su testimonio, y últimamente á los adversarios, á los enemigos.

Consideremos los testigos; detengamos un instante nuestro pensa-

miento en Jesús y en los apóstoles, que fueron los primeros que recurrieron á los milagros y se apoyaron en las profecías. ¿Cómo nos los pinta la historia? ¿Eran hombres llenos de astucia, de malicia ó demasiado crédulos? Léjos de eso, la historia nos presenta en Jesús un inimitable modelo de inocencia, de prudencia y del más sincero amor á los hombres; nos presenta los apóstoles como unos hombres sencillos, es verdad, pero al mismo tiempo justos, y, muy frecuentemente, tardos en creer aún lo que era cierto y evidente. Y ¿contra quiénes Jesús y sus apóstoles emplearon la fuerza de los milagros y el arma de las profecías? Contra los judíos, enemigos encarnizados del Cristianismo, y contra los gentiles, que altamente lo desdeñaban.

Jesús y los apóstoles debían, pues, estar bien seguros de que no se les acusaría de ignorancia ni de engaño. Y esto era tanto más necesario, cuanto que Jesús y los apóstoles, por defender la verdad con su testimonio, tuvieron que sufrir toda especie de persecuciones é injurias, y una muerte violenta y cruel. Luego hallamos en los testigos un conjunto de cualidades humanas y morales que los hacen evidentemente superiores á toda excepcion, y completamente dignos de ser oídos y creídos en cualquiera tribunal.

Su autoridad es aún mayor si se reflexiona sobre las innumerables multitudes cuya fe y creencia se han granjeado.

Apénas habian trascurrido treinta años desde la muerte ignominiosa del Nazareno, y ya el nombre cristiano resonaba en todos los ángulos del mundo; la semilla del Cristianismo penetra y extiende á lo léjos sus raíces, se dilata y se propaga. ¿Y cómo? Una muchedumbre sin cuento, tanto de judíos como de gentiles, así de Oriente como de Occidente, reconocieron la divinidad del Cristianismo, y la reconocieron porque tuvieron fe en los milagros y en las profecías alegadas en prueba de esta divinidad. Pero ¿lo habrán hecho á ojos cerrados, por sentimiento y afectos, ó por la esperanza de conveniencias humanas que acaso se prometían? Ellos no tenían que esperar sino las persecuciones y la muerte; no podían naturalmente tener otro sentimiento que la aversion y el desdén; aversion á una ley que anunciaba el fin de las instituciones mosaicas; desdén por una religion que acusaba de impiedad el culto de Atenas y de Roma. ¿Por qué, pues, se han visto obligados á creer los milagros, á recibir las profecías? No podreis hallar otro motivo ni otra causa natural que el conocimiento cierto de la veracidad de los testigos y de la evidencia invencible del hecho.

Evidencia realmente invencible, pues que ella condenó al silencio á sus más encarnizados adversarios, ó los forzó á dar respuestas que

son un oprobio para la humanidad. Ella cerró la boca á los Escribas y á los Fariseos, que como leemos en libros publicados á su vista y jamás desmentidos, no sabian qué oponer á los milagros obrados, y á las profecías alegadas por el Salvador; y, por más que lo deseasen, no podian negar estos milagros ni dar á estas profecías otra significacion. Ella cerró la boca á los judíos errantes y dispersos. Obligados á confesar en su Talmud los milagros del Salvador, hé aquí la fábula que inventaron para enervar su fuerza; Jesús, dicen, se habia apoderado de la lámina del gran Sacerdote, en la que estaba grabado el nombre inefable de Dios, y de ella se servia como de un instrumento para obrar sus milagros y sus prodigios. Ella cerró la boca á los musulmanes, y por eso se lee en muchos *sura* de su Alcoran, la narracion detallada de los milagros de Jesucristo ensalzados hasta el cielo, y de las profecías que anunciaban sus obras.

Ella cerró la boca á Celso, á Porfirio, á Herodes y á Juliano; y por eso, como nos lo enseñan Orígenes, Eusebio y Cirilo, en lugar de negar los milagros alegados en prueba del Cristianismo, se vieron forzados á admitirlos, á pesar suyo, y no les quedó otro medio de eludir su eficacia que el de atribuirlos á fuerzas mágicas, á séres superiores, pero malos y enemigos del hombre.

Si todo esto no es delirio, no sé lo que pueda merecer este nombre. Contraigamos, ahora, nuestro raciocinio y reduzcámoslo á estas palabras: Los milagros y las profecías son por su naturaleza pruebas tales, que, si con razon se pueden alegar en favor del Cristianismo, demuestran con certidumbre y evidencia su origen divino, y prueban que es la obra del cielo y una religion fundada por el Altísimo. Pero una cantidad innumerable de hechos, un conjunto increíble de circunstancias nos lo aseguran. Cuando se alegan los milagros y las profecías como prueba y demostracion del Cristianismo, la mentira y la ignorancia son absolutamente inadmisibles; la ciencia, al contrario, y la veracidad nos obligan absolutamente á la creencia: luego es absolutamente increíble que el Cristianismo sea una obra humana, y es menester absolutamente creer que es una obra divina bajada del cielo.

¿De qué proviene que en nuestros dias un gran número de hombres piensan de otra manera, son enemigos del Cristianismo, cuentan los milagros en el número de las imposturas y ponen las profecías entre las ilusiones? No ignoro que pueden ser muchas y variadas las causas de este hecho: los dos Gregorios, Agustin, y ántes de ellos Arnobio, Lactancio y Minucio Félix, han señalado y explicado elocuentemente muchas de estas causas; pero, por el momento, he

resuelto no mencionar más que una sola, muy digna entre todas las demás de ser conocida y, si no me engaño, enteramente particular á nuestros tiempos.

Esta causa es un naturalismo que se introduce por todas partes, una preocupacion, una persuasion confusa de que todo en este mundo se verifica segun las leyes de la naturaleza, y sin que Dios intervenga en ello por su accion directa. Se quiere creer que la naturaleza y la humanidad están entregadas á sí mismas, y que recurrir á Dios, como al Señor que gobierna la familia humana, no puede convenir á un espíritu penetrante y á una inteligencia filosófica.

En realidad, discutir con hombres que tienen esta opinion de los milagros y de las profecías, é intentar, por medio de los milagros y de las profecías, persuadirles del origen divino del Cristianismo, deben parecer un trabajo inútil y enteramente perdido. Convengo en ello; pero al mismo tiempo pregunto: ¿si pensar de esta manera es seguir la razon, y si el naturalismo es conforme á la experiencia y á la historia? No ciertamente, pues que la razon, la experiencia y la historia, con una voz unánime nos aseguran, que así como es imposible excluir á Dios del gobierno del orden natural, así tambien es imposible desterrarlo del gobierno del orden religioso. Y así como Dios quiere ser atendido cuando nos habla por medio de las leyes constantes y universales de la naturaleza, así tambien exige nuestra sumision cuando nos instruye suspendiéndolas y enseñándonos por los milagros y las profecías.

Amando, pues, y venerando esa Providencia que dirige el orden de la religion, se reconocerán sin duda los milagros, se admitirán las profecías, y se abrazará el Cristianismo, cuya divinidad y origen celestial demuestran aquéllos.

MILAGROS Y PROFECÍAS,

Ó SEA:

CERTIDUMBRE DE LOS MILAGROS

Y PROFECÍAS DE NUESTRA RELIGION.

II.

Opera quæ ego facio testimonium perhibent de me. . . Scrutamini Scripturas... illæ sunt, quæ testimonium perhibent de me.

Las obras que yo hago, dan testimonio en mi favor... Registrad las Escrituras: ellas son las que están dando testimonio de mí.

(JOANN. V, 36-39.)

Es una regla de prudencia muy conocida, pero muy poco aplicada, que nuestros estudios y nuestra atencion deben corresponder á su objeto y ser proporcionados á las materias y á las cosas.

No hay nadie que deje de comprender que es una falta igual, tratar ligeramente lo que es grave y de alta importancia, ó dedicarse seriamente á lo que es ligero y enteramente indigno de nuestra atencion. La medida de nuestra solicitud, de nuestra diligencia, de nuestro trabajo debe ser la dignidad y la importancia del objeto y el grado de amor que merece. Si la dignidad y la importancia son supremas, tambien el amor deberá ser supremo y suprema la diligencia; si son medianas, mediano tambien será el amor y mediana la diligencia; si son casi nulas, como el objeto no puede tener más que un lugar muy reducido en nuestros afectos, es muy justo que hagamos muy poco caso de él.

Ahora bien; ¿qué objeto podeis imaginar que sea superior en dignidad á la religion y á los deberes que tenemos que cumplir para con Dios? ¿Qué asunto puede haber más importante que el de conocer con certidumbre si el Cristianismo es divino, y si encierra la forma de culto y de religion que Dios nos manda, y por cuyo medio quiere salvarnos y hacernos eternamente felices? No; no se puede